

CAPITULO IV.

Exactitud de San Alfonso en el cumplimiento de los deberes del ministerio pastoral.

Así como con una vida tan irreprochable se habia hecho Alfonso un perfecto modelo de todas las virtudes para toda su grey, tambien se hizo un celoso pastor en el exacto cumplimiento de todos los deberes anexos á su sacro ministerio y en procurar por todos los medios imaginables el bien espiritual y la salud de las almas que se le habian confiado. No hay duda en que una de las principales obligaciones del sagrado pastor es el de permanecer con sus ovejas para poderlas socorrer en todas sus necesidades, y precaverlas cuidadosamente del lobo hambriento que intentase entrar sin ser sentido en el redil para maltratarlas y devorarlas. Fué tan rígido observador de este deber pastoral, que no solo quiso ir inmediatamente despues de su consagracion á reunirse con su rebaño sin curarse de la incomodidad de la estacion y del peligro de su salud, sino lo que es aun mas admirable, en los trece años que fué obispo de Santa Ageda, nunca usó de los meses de desahogo concedidos á los obispos por el sagrado Concilio de Trento, y solo tres

veces se separó por motivos muy urgentes y por poco tiempo. La primera vez fué cuando el año de 1763 asistió al capítulo general de su congregacion, tanto porque era el rector mayor de ella, como para arreglar y disponer muchas cosas necesarias al buen orden y provecho de la misma. La segunda fué cuando por espreso mandato de los médicos y de sus directores fué á la casa de San Miguel de los Paganos á procurar restablecerse de una grave enfermedad que habia padecido, respirando un aire mas saludable. Por último, la tercera fué cuando el año de 1767 tuvo que ir á Nápoles á concluir una causa muy interesante y justa de su congregacion, y solo permaneció cerca de un mes. Durante este tiempo, tampoco estuvo ocioso, porque á solicitud del cardenal Sersale, arzobispo de esta ciudad, dió los ejercicios espirituales á todo el clero en la iglesia de Santa Restituta, con muchísimo concurso y con gran provecho de las almas. Ademas, predicó en otras muchas partes y monasterios de religiosas, en uno de los cuales, con su prudencia, unida á sus suaves maneras, logró tranquilizar y apagar muchos sinsabores y disturbios que hacia mucho tiempo tenian inquieta aquella comunidad; de manera, que todos lo miraron como un verdadero ángel de paz.

Haciendo Alfonso la sagrada visita, cayó grave-

mente enfermo en Arienzo: un poco restablecido despues de algunos dias, pensaba en volver á Santa Agueda, cuando su vicario general y otras personas le dijeron que era imposible, respecto á que la parte del palacio episcopal que miraba al jardin estaba amenazando ruina. Esta noticia lo affigió no poco, porque le impedia volver pronto á su residencia, y dió sus disposiciones á fin de que se gastase lo necesario á la breve conclusion de la obra: pero cuando ya estaba para partir, tanto los médicos como otros muchos le hicieron entender que recaeria si volvía á aquel aire húmedo, y por consiguiente favorable al asma y al mal de pecho que padecia, y aun se lo hicieron cargo de conciencia, diciéndole que esponia á un peligro cierto su salud. A estas razones suspendió Alfonso su vuelta; pero no se tranquilizó y quiso saber el parecer y consejo de otras personas sabias, particularmente de Monseñor Puoti, arzobispo de Amalfi, y hasta que éste le aseguró que sin gravar en lo mas leve su conciencia podia permanecer en Arienzo, una vez que era un lugar de su diócesis, no dejó todo escrupulo ni abandonó la idea de volverse á Santa Agueda.

No basta que el pastor permanezca con sus ovejas; es necesario aún que las nutra con la palabra de Dios: ni tampoco son bastantes los sermones públicos, se

necesitan tambien las instrucciones y las exhortaciones privadas, una vez que la voz del pastor es el pan ordinario de los fieles y su principal alimento. Ella es la que, mediante la divina gracia, hace nacer la fé en las almas, la que la hace crecer, la mantiene y fortifica, y éste es el medio de que Dios se sirve por el ministerio de los pastores para salvar á todos los que creen en él. Ahora bien, si Alfonso llevado de su ardiente caridad antes de ser obispo, ya habia empleado toda su vida en predicar, instruir y catequizar á toda clase de gentes, con mucho mayor anhelo lo hizo al verse obligado á ello por su sagrado ministerio. Ya hemos dicho como en los primeros dias de su obispado santificó la ciudad de Santa Agueda con su predicacion y sus instrucciones, y lo mismo continuó en todo el discurso de él, porque predicaba en su iglesia catedral todos los domingos y en otras festividades del año. Todos los sábados hacía las últimas horas del dia hablaba en la misma iglesia de las glorias de María, y continuó el mismo método en Arienzo cuando fijó allí su residencia: ademas de esto, predicaba cuando se ofrecia alguna novena, ó misiones, en las que desempeñaba el gran sermón de la noche: predicaba en las conferencias de casos morales en el Seminario y en las congregaciones que habia establecido, de manera que se podia decir muy bien que jamas

cesaba ni se cansaba de distribuir el pan de la divina palabra á toda su grey. Tambien cuando se lo permitian sus ocupaciones, no dejaba de bajar á la catedral para enseñar por sí mismo á las personas idiotas, y particularmente á los niños y niñas, no solo los misterios de la fé y los primeros elementos de la doctrina cristiana, sino los deberes de un cristiano, animándolos aun con pequeños premios que les distribuia, haciéndolos ir algunas veces á su aposento para instruirlos aun en otros dias ademas de los festivos. Aunque hacia oir su voz con tanta frecuencia, sin embargo, el pueblo siempre se agolpaba á oirlo, lo escuchaba con mucha devocion, ponía en práctica sus avisos y repetía sin cesar los bellos sentimientos que le habia aprendido.

Si Alfonso se portaba así en público, en sus conversaciones privadas no procuraba menos el bien espiritual de su rebaño: aunque obispo, jamas recibía á nadie que fuese á verlo por puro cumplimento ó por obsequiarlo, ó bien los despedía muy presto, diciendo que no tenia tiempo que perder; pero al contrario, siempre estaba pronto en su palacio, aunque jamas en la iglesia, para acoger con amor y escuchar con paciencia á las personas de toda clase, sexo y condicion, no solo prelados, caballeros, señoras y religiosos, sino hasta los plebeyos y los pobres, que acudian

en gran número á esponerle sus necesidades, sus trabajos y sus angustias, y á pedirle sus sabios consejos y los remedios oportunos, despidiéndolos á todos ilustrados, consolados y edificados de su caridad y del celo en que ardia por las almas. Si alguna vez percibia ó sabia que alguna de sus ovejas se apartaba del recto sendero, la llamaba, le hacia conocer su error y con suaves maneras y paternales exhortaciones procuraba volverla al redil, como se dirá mas claramente en otra parte.

Pero como el pastor no puede estar siempre presente en todas partes, ni ver de cerca todas sus ovejas, es necesario que de cuando en cuando vaya á verlas, reconocerlas y prestarles todos los socorros que necesiten. Por esto jamas dejaba Alfonso de visitar cada año la mitad de su diócesis, de manera que en dos años la visitaba toda enteramente, sin que lo detuviese ninguna molestia que tuviese que sufrir por su edad, por el mal estado de su salud, por el rigor de la estacion, por el mal estado de los caminos, ó por la situacion de los lugares. Antes de comenzar la sagrada visita acostumbraba hacer con el pueblo una novena á la Santísima Virgen, implorando su patrocinio para que fuese útil y provechosa á su grey: disponia que su canciller hiciese un índice de los decretos de las visitas hechas por los cuatro obispos sus

antecesores, y disminuía los derechos que se acostumbraba pagar al obispo cuando hacia la visita. Como al principio de su obispado tenia coche, viajaba en él hasta donde podia llegar, y allí montaba en un asno ó en alguna mula de carga; pero cuando ya no lo tuvo, no quiso volverlo á usar aunque se lo ofrecieron muchas veces, y continuó viajando en alguna de las citadas bestias: estos viajes los hacia en medio del estío, para evitar el frio que tanto perjudicaba al asma que padecia; pero al mismo tiempo no hacia caso alguno de las intemperies y mutaciones de aire, ni jamas usaba sombrilla para resguardarse algun tanto de los ardientes rayos del sol, y por el camino iba rezando con todos sus familiares algunas devotas oraciones, ó bien meditando en las cosas celestiales.

Llegado que era al lugar de su destino con el vicario general, el secretario, el canciller, el hermano lego y el criado, que componian toda su comitiva, les cedia, particularmente al vicario, lo mejor de la habitacion y tomaba para sí lo mas incómodo, y haciendo quitar la cama que le habian preparado, mandaba que le llenasen de paja un gran saco que llevaba siempre consigo. Quería que la mesa en estas ocasiones fuese aun para sus familiares lo mismo que la que usaba en Santa Agueda, es decir, parca y frugal, y de las carnes mas despreciables y comunes del país.

El por su parte, no disminuía en lo mas mínimo la estrecha abstinencia y mortificacion que hemos mencionado arriba. Hallándose de visita en el territorio de Durazzano, habitando en el convento de los padres dominicos, éstos, por consideracion tanto á él como á sus familiares, procuraron disponer una mesa algo distinta de la que él acostumbraba: disgustándole esto mucho, dijo inmediatamente al padre prior, que disminuyese todo aquel aparato y no dispusiese ningunos platos sobresalientes. Aunque llevaba consigo una comitiva tan corta y era tan frugal en la mesa, todavía tenia que gastar de su bolsillo en el viaje y los alimentos, porque los cortos derechos que exigia no eran suficientes ni aun para las abundantes limosnas que distribuía por todas partes.

Tampoco queria aceptar ningun regalo de sus diocesanos, y mucho menos en tiempo de la visita, aunque fuesen cortos y de solo comestibles. El príncipe de la Riecia, por la gran estimacion que profesaba á Alfonso, habia dado orden para que cuando fuese á la visita á Airola, no solo lo recibiesen en su palacio sino que se le diese la mesa y cuanto pudiese necesitar, sin escasez alguna; pero él no quiso aceptar mas que la habitacion en el palacio, y rehusó hasta el carbon para la cocina, comprando de su cuenta todo cuanto necesitaba. Al mismo tiempo un sacerdote

muy afecto á Alfonso, le mandó algunos lacticinios de regalo y se negó absolutamente á recibirlos. El sacerdote se quejó de esto con Alfonso, y éste, con mucha amabilidad le respondió que jamas recibia regalos, y que esto ademas estaba prohibido espresamente á los obispos cuando se hallan en la sagrada visita. A esta respuesta mostrándose aquel un poco picado, le dijo: Pero Monseñor mio, aquello no era un regalo sino una cosa que no valia nada; y Alfonso le replicó luego luego: Leed los Cánones y vereis lo que dicen. Cuando durante la visita permanecia en el convento de alguna comunidad religiosa, siempre dejaba al partir algun regalo de cera ó libros para recompensar la incomodidad que habia causado.

En estas visitas predicaba por muchos dias al pueblo, por lo regular en forma de mision, y por la noche visitaba á Jesus Sacramentado, y nunca dejaba de instruir en la doctrina cristiana á los niños y personas ignorantes. Ademas, se estaba por las mañanas en la iglesia en el confesonario para oir las confesiones de todos los que se llegasen á hacerlas, y sobre todo, procuraba informarse exactamente de la conducta de los párrocos, de la de los sacerdotes, de los clérigos y de la de todos los demas, para lo cual tenia personas próbidas que hiciesen estas indagaciones, á fin de tomar las providencias necesarias y oportu-

nas. Si descubria enemistades, procuraba extinguirlas; si abusos, corregirlos; si escándalos, cortarlos; si vicios, extirparlos; y era muy dificil que con sus suaves maneras, con sus paternales amonestaciones y con sus palabras persuasivas, no lograra sus deseos y tuviera necesidad de recurrir al rigor que por otra parte nunca usaba, sino mezclado con la dulzura.

En cuanto á los sagrados templos, examinaba cuidadosamente su fábrica para ver si necesitaban alguna reparacion, despues observaba los altares, los vasos y demas muebles sagrados para reconocer si aun estaban decentes y si se conservaban con el debido aseo, y tambien revisaba las partidas de las misas para saber si se habian cumplido todas las obligaciones: en fin, nada omitia de todo lo concerniente al servicio divino, para remover los obstáculos, y hacer que todo anduviese conforme al orden y disciplina de la iglesia. En estas visitas no se limitaba á solo las iglesias parroquiales, sino que despreciando toda clase de incomodidades, queria ver con sus propios ojos las capillas diseminadas por los campos y situadas quizá en lugares escabrosos; de manera que no hubo lugar por pequeño, remoto, ó estraviado que se hallase á donde él no fuese.

Al tiempo de la sagrada visita conferia el Sacramento de la Confirmacion á los niños, procurando

instruirlos antes, ó haciendo que viniesen instruidos para poder recibir este Sacramento de la manera que conviene. Para esto avisaba oportunamente á los párrocos por medio de un edicto; exigia un testimonio auténtico de la idoneidad del que habia de ser confirmado, y antes de esto les hacia un fervoroso discurso escitándolos á actos de fé, esperanza y caridad y á dolor de los pecados. Quería que todos estuviesen presentes á la primera imposicion de manos, y si habia alguno que no llegase á tiempo lo confirmaba despues en su capilla particular. Si llegaba á saber que algun niño cualquiera que no estuviese confirmado se hallaba enfermo, acudia inmediatamente á conferirle este Sacramento, sin que lo detuviese la lejanía del lugar, el mal estado de las calles ó caminos, ni la intemperie del aire, como sucedió no pocas veces. No era menos solícito con respecto al Sacramento del Bautismo, pues queria que las matronas fuesen examinadas por sus curas párrocos, para ver si en caso de necesidad sabian administrarlo á los niños, ó si por su ignorancia pudiera quedar alguno privado de él, y hacia que se le informase de su capacidad en esta parte.

Ademas, tenia Alfonso un cuidado especial con todos los enfermos de su diócesis, visitándolos personalmente y dándoles toda clase de auxilios espiritua-

les y aun corporales cuando eran pobres. Durante su residencia en Arienzo, mandó al sacristan mayor de aquella iglesia colegiata, que le avisase de los enfermos que habian recibido el Viático por la mañana, para ir á visitarlos, como en efecto iba, cuando se lo permitia la grave indisposicion de su salud. Lo mismo acostumbraba en todos los lugares en que se hallaba de visita, así como en Santa Agueda mientras permaneció allí.

Siempre que se trató de los derechos y privilegios de la Iglesia, y mucho mas de la inmunidad eclesiástica, no se mostró menos vigilante y solícito en conservarlos y defenderlos. En cierta ocasion se le avisó que unos esbirros habian estraído de la iglesia un reo por medio de la fuerza: inmediatamente mandó una persona de sus familiares, que en su nombre, no dijese, sino mandase al juez secular que al instante soltase al reo, pues de lo contrario lo escomulgaria. Entre tanto se quedó dictando la fórmula de la excomunion, y no cesaba de repetir: *Se trata de inmunidad eclesiástica; conviene defenderla aunque sea con peligro de perder la mitra;* y no se tranquilizó hasta que se le presentó el delincente libre de la cárcel.

Alfonso habria querido hacer por sí mismo todo lo perteneciente á su ministerio pastoral; pero como esto no era posible, y temiendo ser engañado, queria que

se le informase minuciosamente de todo. Por esto, aun cuando al vicario general era á quien pertenecia despachar los negocios de la curia episcopal, no podia hacerlo sin consultar antes con él; y cuando se trataba de algun negocio de consideracion, nada se decretaba sin que antes el mencionado vicario le hubiera espuesto muy detalladamente todo el estado de la causa, y no hubiesen examinado ambos con el mayor cuidado los méritos y las razones del asunto que se versaba; de manera que jamas se vieron apelaciones de su curia episcopal á la del metropolitano de Benevento: ademas de que por una parte vigilaba los ministros de su curia para que administrasen la justicia sin consideracion á ningun respeto humano, procuraba tambien por otra que no exigiesen mas de lo que debian y que no demorasen las causas, para evitar mayores y mas gravosos gastos á los litigantes. Habiendo sabido una vez que algunos de sus diocesanos se quejaban del vicario general porque no habia despachado ciertos negocios interesantes, mandó á su secretario le manifestase de su parte que si en lo sucesivo se portaba con la misma negligencia, lo despediria inmediatamente de su servicio.

¶ Pero como nadie puede por sí solo cosa alguna, ni el que planta, ni el que riega, sino que todo viene de Dios que es el único que da el incremento, el buen

pastor debe gemir constantemente y llorar entre el vestíbulo y el altar y con fervorosas oraciones implorar del Dispensador de los bienes las celestiales bendiciones y todos los auxilios necesarios á la salud de su grey. Luego que despertaba Alfonso se ofrecia á Dios como víctima por sus pecados y por los de todo su rebaño: despues, ademas de las oraciones públicas y de las continuas maceraciones de su carne, hechas tambien para aplacar la ira divina justamente irritada contra los pecadores, jamas cesaba de pedir en secreto á su Dios y con la mas viva instancia, se dignase bendecir todos sus cuidados y fatigas pastorales, mover los corazones mas duros de las ovejas que le estaban encomendadas, confirmarlas á todas en la fé y encenderlas en una verdadera y perfecta caridad, para que pudiese decir un dia: *De aquellos que vos, oh Dios mio, quisisteis confiar á mi cuidado, no ha perecido ninguno.*

¶ Mucho mas solícito se mostró en ofrecer el santo sacrificio del altar por las necesidades espirituales y temporales de su citada grey. Fué tan escrupuloso en esto, que atacado del reumatismo general, de que se hablará á su tiempo, que le impidió celebrar la santa misa por muchos meses, le ocurrió duda sobre si habria faltado á la obligacion que tiene el pastor de decir la misa en los dias festivos por el pueblo,

segun los sagrados cánones y las constituciones del Sumo Pontífice Benedicto XIV: con esto hizo escribir á varios teólogos de nota en Nápoles, y éstos le aseguraron que siendo aquella una obra personal y no habiendo podido ejecutarla por sí, podía tener tranquila su conciencia en este punto. Pero Alfonso no se tranquilizó por eso y para desterrar todo escrúpulo, dió cierta cantidad de dinero á un padre de su congregacion para que hiciese aplicar por el pueblo las misas que él no habia celebrado por su enfermedad, y continuó haciendo lo mismo siempre que no podia celebrar.

Ya hemos hablado de la compostura, recogimiento y fervor, así como de la exactitud con que observaba todas las sagradas ceremonias con que Alfonso ofrecia el divino sacrificio, por lo que muchos procuraban oír su misa para concebir mayor veneracion hácia los divinos misterios, y sentirse escitar á tiernos afectos de devocion y gratitud hácia un Dios sacrificado por nosotros. Lo mismo sucedia puntualmente cuando hacia todas las sagradas funciones pertenecientes á su carácter y ministerio: para hacer que tuviesen el éxito conveniente, lo disponia todo con anticipacion, concertando el canto Gregoriano con el maestro de capilla de Santa Agueda, y despues lo ejecutaba con tal majestad y decoro, que en las funciones, particular-

mente en las de la Semana Santa, que jamas dejaba de hacer, aunque viejo y lleno de achaques, así como al cantar el Prefacio en las misas solemnes, ademas del recogimiento que escitaba en todos, movia no solo al pueblo, sino aun á los canónigos á devocion y lágrimas de ternura. Tampoco dejaba de exhortar é inculcar á todos los eclesiásticos que asistiesen á estas sagradas funciones con la debida compostura y con la exacta observancia de todos los ritos, en atencion á que aprovechan no poco para nutrir el espíritu de piedad y de religion.

Agréguese á todo esto, que Alfonso jamas emprendia ningun negocio aunque fuese de poca importancia, en particular si era relativo al gobierno de su diócesis, sin encomendarse antes de todo corazon á Dios, implorando las luces necesarias para el acierto. Por esto, si algun clérigo ó cualquiera otra persona lo solicitaba para que lo promoviese á los sagrados órdenes ó para cualquiera otro negocio, acostumbraba responder: *Me voy á encomendar á Dios, y si Dios me lo inspira, lo haré con muchísimo gusto.* Al mismo tiempo ponía de su parte todos los medios humanos necesarios para no errar. Recomendaba eficazmente á sus vicarios foráneos que vigilasen sobre la conducta del pueblo y particularmente sobre la del clero, y que al punto le diesen aviso de cualquier desórden, por

pequeño que fuese, para poner un pronto remedio. Si por acaso sabia de alguno de que no le hubiesen avisado sus vicarios, los llamaba y reprendia por su indolencia y descuido. Era tan grande su precaucion y su circunspeccion para obrar, que desconfiando de sus luces, tomaba consejo de las personas mas doctas é instruidas de su diócesis, ó por medio de cartas, de otros personajes respetables y aun de algunos obispos, particularmente de Monseñor Borgia, obispo de Aversa, y del Monseñor Albertini, obispo de Caserta.

CAPITULO V.

Desvelos de San Alfonso por el buen ejemplo, doctrina y bondad de su clero.

Tambien es necesario para el bien y para la buena direccion de la grey cristiana, que el pastor se haga para todos ejemplo de perfeccion, y que no omita fatiga ni vigilancia para dar el debido lleno á todos los deberes de su pastoral ministerio. Pero á decir verdad, nada, ó muy poco obtendrá cuando las personas dedicadas al servicio de los altares no cooperen á las rectas intenciones y á los afanes de su pastor: porque

como el resfo de la grey tiene aquéllas personas siempre á la vista, y constantemente está observando y espiando sus pasos, de ellos justamente mas que de otros es de los que aprende y deduce las reglas de su conducta. Convencido de esto Alfonso, desde los primeros momentos de su ministerio pastoral dirigió todos sus cuidados á procurar que el clero se hiciese un modelo de buenas obras en todo, en la doctrina, en la integridad de las costumbres, y en la gravedad de la conducta, para con mayor facilidad poder despues corregir y reformar las costumbres del pueblo.

Teniendo presente lo que prescribe el Sagrado Concilio de Trento con respecto al buen ejemplo de los eclesiásticos, tanto en el vestir como en el conversar, mandó que todos anduviesen siempre con el traje negro y aun talar en ciertos tiempos, que jamas se dejasen crecer el cabello, y que los clérigos anduviesen siempre con el pelo muy corto. Acostumbraba el clero, especialmente el de Santa Agueda, llevar oro en los vestidos y manguillos con encajes, y como este uso estaba bastante inveterado, á todos parecia imposible quitarlo; pero Alfonso con su acostumbrada prudencia, y solo por medio de patéticas amonestaciones lo consiguió felizmente sin ningun estrépito ni rigor. Les prohibió igualmente los juegos, la caza, y otras cosas ya vedadas por los sagrados cáno-